

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

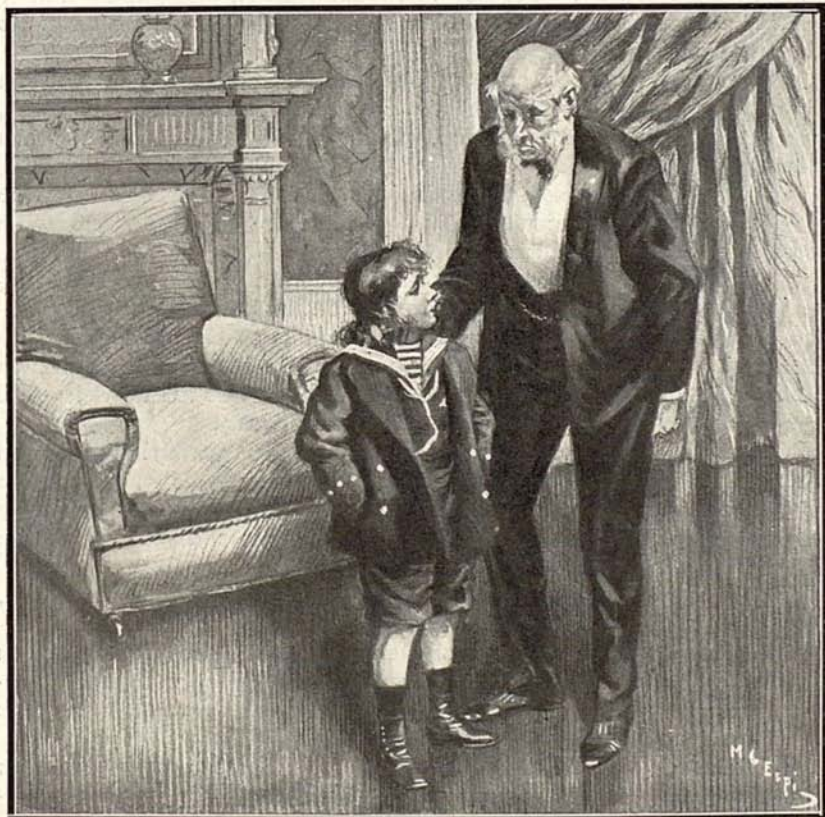


NÚMERO SUELTO, 10 CENTS

AÑO III

MADRID, 12 DE JULIO DE 1908

NÚMERO 28



¡DIOS TE AMPARE!

Carlos era un niño díscolo y voluntarioso, Ni reprensiones ni consejos eran bastantes á dominar su carácter impulsivo y altanero. Nacido en la abundancia y queridísimo de sus buenos papás, que siempre satisfacían con largueza sus caprichos, tenía virgen de toda privación la voluntad, no reconociendo más límite á sus deseos que el hastío, consecuencia inmediata de quien sin esfuerzo propio logra

Ayuntamiento de Madrid

cuanto quiere, que la estimación de lo conseguido es tanto mayor cuanto más dificultades se oponen á su posesión.

Con ser esto malo, aún algo peor germinaba en su pequeña almita como mala semilla sembrada por el mal, que crecía y fructificaba, aventajando al cuerpo en su medrar continuo. La soberbia.

Sin duda allá en su raquítrico magín pensó que al nacer, el Divino Hacedor fundía el cuerpo de los niños en moldes diferentes y con elementos de distinta naturaleza, creyendo en su disparatado pensar que los niños pobres eran de otra carne que la de los que tenían papás elegantes y ricos.

Al cruzarse en paseo con un niño vestido pobremente se apartaba de él con desprecio, y no digamos si inadvertidamente le tropezaba, que entonces se sacudía con asco, después de medirle con una mirada altanera y provocativa.

La vista de la desgracia le producía sorda irritación. Si él era rico y feliz, ¿qué derecho tenía nadie á poner en su camino lo que podía ser desagradable y repulsivo?

El sí podía, en cambio, pasear su rico vestido y sus costosos juguetes (que para algo era quien era) delante de los pobrecitos. ¡Que fueran todos los papás ricos, y si no lo eran, que se fastidiasen y no los sacaran á paseo! «La pobreza es fea, y no siempre huele á rosas.» Esto se lo había oído decir á una señorita paliducha que iba de visita á su casa y á quien todos huían porque le olía el aliento.

Ya iba á cumplir nueve años, y daba compasión verle delante de un libro; el pinche de cocina se hubiera desternillado de risa oyendo cómo leía, porque el señorito, á más de vanidoso y soberbio, era obtuso y holgazán; en fin, como se suele decir, no tenía el diablo por dónde desecharle.

El mozo de comedor, el lacayito, la doncella, el ayuda de cámara, toda la servidumbre, en una palabra, le odiaba; pero el temor de perder la casa les hacía sufrir en silencio sus ofensas; los pobres, en su condición de criados, callaban temerosos, pero le despreciaban profundamente, que no hay nada tan villano como el abuso cuando se ejerce con impunidad.

El único que solía tenerle á raya era el señor Gaspar, el mayordomo; aquellas blancas patillas, la cariñosa confianza con que sus papás le trataban, el respeto que todos le tenían, llegaba hasta él; prefería una reprimenda de su mamá á una mirada severa de Gaspar, y el caso es que no era ni odio ni miedo lo que le inspiraba, no, era otra cosa de la que no se daba cabal idea.

Lo que aquella tarde sucedió traspasaba los límites.

A las cuatro, con Gaspar como de costumbre, atravesó el enarenado jardín, y salió por una puertecilla de la calada verja, que abrió sombrero en mano el portero. No bien había dado cuatro pasos, le salió al encuentro una niña rubita y descalza, que, tendiendo la escuálida manecita, imploró con voz humilde:

—¡Por el amor de Dios, señorito!

Como de costumbre, Carlos esquivó con despreciativo ademán la súplica, pero fué tan brusco el movimiento, que el carrete de su lujoso diábolo, mal sujeto por el cordón de seda, se desprendió, rodando por el suelo.

La niña corrió hacia él, ganosa de prestar un servicio que la hiciera merecer una limosna, pero no le había alcanzado cuando el niño se precipitó á ella, soberbio, iracundo, y, empujando brutalmente á la pobrecita, rescató el juguete. La infeliz, desprevenida, vaciló, cayendo de rechazo sobre la verja, con uno de cuyos retorcidos salientes se produjo una herida en la cabeza.

Gaspar, pálido de indignación, tomó en sus brazos á la niña medio atontada, y la entró en el pabellón del portero.

Carlos esperó á pie firme; ya se impacientaba, cuando salió Gaspar; su mirada era imponente; se acercó, y, empujándole con suave energía, dijo secamente:

—¡Adentro!

Carlos obedeció maquinalmente; así llegaron hasta el lindo gabinetito donde tenía el niño su dormitorio; Gaspar cerró la puerta sin pronunciar una palabra, y le dejó dentro llevándose la llave.

Ya era de noche cuando abrieron; de nuevo era Gaspar, esta vez con otro criado, que en una bandeja traía la cena; la sirvió en una mesa y se retiró. Gaspar entonces puso sobre una silla un pequeño paquete atado en un pañuelo, y con acento reposado, dijo al niño que ya había empezado á cenar.

FRANCISCO BARRAYCOA

Continuará.





CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XIV

Ole salero! ¡Cuántas cosas me ocurrieron el día de mi cumpleaños.... Cuando me desperté, encontré pegado en los cristales del balcón un letrero con unas letras muy grandes; yo me restregué mucho los ojos porque no sabía lo que era aquello; los abrí mucho, mucho, y tampoco lo leía; me decidí á gritar fuerte:

—¡Miss Kelty! ¡Miss, miss, miss!

—¡Dios nos ampare!—dijo ella entrando en mi alcoba.—¿Qué pasa? ¡Pues vaya unas voces!

—¡Pues vaya unas letras!—dije yo.—¿Qué dice ese letrero, miss?

—¡Por eso eran los gritos? ¡Jesús, qué bobada! ¡Esta pobre Pilarcita no tiene aún la cabeza fuerte! ¡Pobrecilla! ¡Se te ha olvidado que con vestírte y acercarte al balcón lo ves en seguidita, y has gastado una porción de saliva inútilmente gritando!

—¡Bueno, señor!—refunfuñé yo.—¡Eso quiere decir que no me lo dicen! ¡Vaya, pues me vestiré...!

Y me vestí, recé, mirando sin cesar al balcón, y la miss me dijo:

—Veo, Pilarcita, que miras más al letrero que á la Virgen.

—¡Quia!—contesté.—¡Si es que miro al cielo!

Ya que concluí de rezar, me acerqué á los cristales, y leí:
Piluca cumple ya siete años, y pronto hará su primera confesión.

—¿Quién ha puesto eso, miss?

—Yo, no.

—¿Y tengo que confesarme?

—¡Claro!

—Pues no quiero. ¡Como si fuese yo á contar lo que hago, para que me regañen! ¡Qué ocurrencia!

—Bueno, nena. Ahora toma mi regalito. ¿Te gusta?

—Sí; pero me gustó más el del año pasado.

Me dió una pilita para la cabecera de mi cama. Sí que es bonita y tiene una Virgen con el niño que es la mar de precioso, pero me gustan más los juguetes.

Fuí á dar un beso á mis papás. Mamá me dió un libro para ir á misa. ¡Válgame Dios! ¡Qué cosas se les han ocurrido!

—¿Pero no nos hace la niña ningún regalito hoy?—preguntó papá.

—Perdona, papaíta—contesté.—¡Como he estado malita! Y mira, casi me alegro, porque ¡cuidado que se os ha ocurrido hacerme unos regalos más *chistosos*! Pero os regalaré algún dulce hecho por mí. Voy á ver si mis hermanos tienen alguna cosa que darme. Aquí vienen.

Llegaban todos, hasta el chiquitín, agarrados unos detrás de otros, como si vinieran de procesión; el primero era el que me hace más rabiar, y traía una bandeja, y encima un almohadón tapado. Entraron cantando la Marcha Real, dando vueltas alrededor de la habitación. ¡Chinda, chinda, ta chinda, chinda...!

—¿Qué traéis, qué traéis? ¡Decírmelo pronto!

—¡¡Viva Piluca!!—gritaron.

—¿Qué traéis?

—¡¡Viva la niña que va á confesarse!!

—¡No digáis eso—grité—que tengo aquí un rompecabezas y lo vais á probar!

—¡¡Viva la Piluca dulce y apacible y cariñosa!!—volvieron á gritar ellos.

—¡No seáis tontos, que voy á rabiar y á patear! ¡Decirme qué me regaláis...!

Descubrieron aquello. ¡Jesús, qué preciosura! ¡Una jaula dorada con un pajarito del mismo color que la jaula!

—¡Uy, qué lindo, qué lindo! ¿Y canta?

—¡Muchísimo! ¡Es un canario!

—¡Canario! ¡Qué precioso es el canario! ¡Esto sí que es un regalo bonito!

—¡Ay! ¡A ese lado de la bandeja hay un ramo de flores!

—Te lo ha enviado tu amigo Luisito—dijo mi hermana mayor.

MARIA A. OSSORIO Y GALLARDO





LAS PLANTAS

Son las plantas seres organizados, vivos, pero que carecen de sensibilidad y de movimientos voluntarios. Hay algunas, sin embargo, que parecen contradecir estos principios generales, pues se mueven, es decir, van girando sus flores durante el día para que el sol las dé siempre de frente: el girasol, por ejemplo. Hay otras cuyas hojas se contraen y se cierran en cuanto sufren el más leve roce como si tuvieran sensibilidad.

En las plantas entran como componentes el oxígeno, el hidrógeno y, sobre todo, el carbono. Su organismo es rudimentario; toman del suelo y del aire los elementos que necesitan para su vida; del primero, por medio de las raíces; del segundo, por las hojas principalmente, y en general, por toda su superficie exterior.

Toda la vida de la planta está encerrada en la simiente, germen ó esporo. En cuanto se les pone en condiciones de calor y de humedad, rompen las capas ó envolturas de que están formadas y comienza la germinación, dirigiéndose hacia la tierra parte de los órganos que componen la simiente para convertirse más tarde en raíces superficiales casi ó poco hondas, cuando se trata de hierbas ó de plantas que anualmente mueren; más fuertes y de mayor extensión y solidez si dan vida á arbustos; muy consistentes y profundas en el caso de que sirvan de base y de sustento á los árboles cuya vida dura muchos años.

Otra parte de los órganos del grano ó de la semilla sale de la tierra y constituye el tallo, más ó menos grueso, según la clase de planta á que pertenezca, y que en los árboles se convertirá en tronco; del

tallo saldrán las ramas ó las hojas, y las ramas tendrán flores y frutos que se renovarán todas las primaveras, tratándose de árboles ó de arbustos, pues si la simiente fuera de una planta anual, una vez que la flor y el fruto se hubieran producido, perecerá y nunca más las volverá á dar.

Hay algunas plantas que, aun cuando todos los años mueren, retoñan sus raíces en la primavera siguiente; pero este fenómeno se reproduce pocos años, y si se quiere obtenerlas luego es menester volver las á sembrar ó plantar.

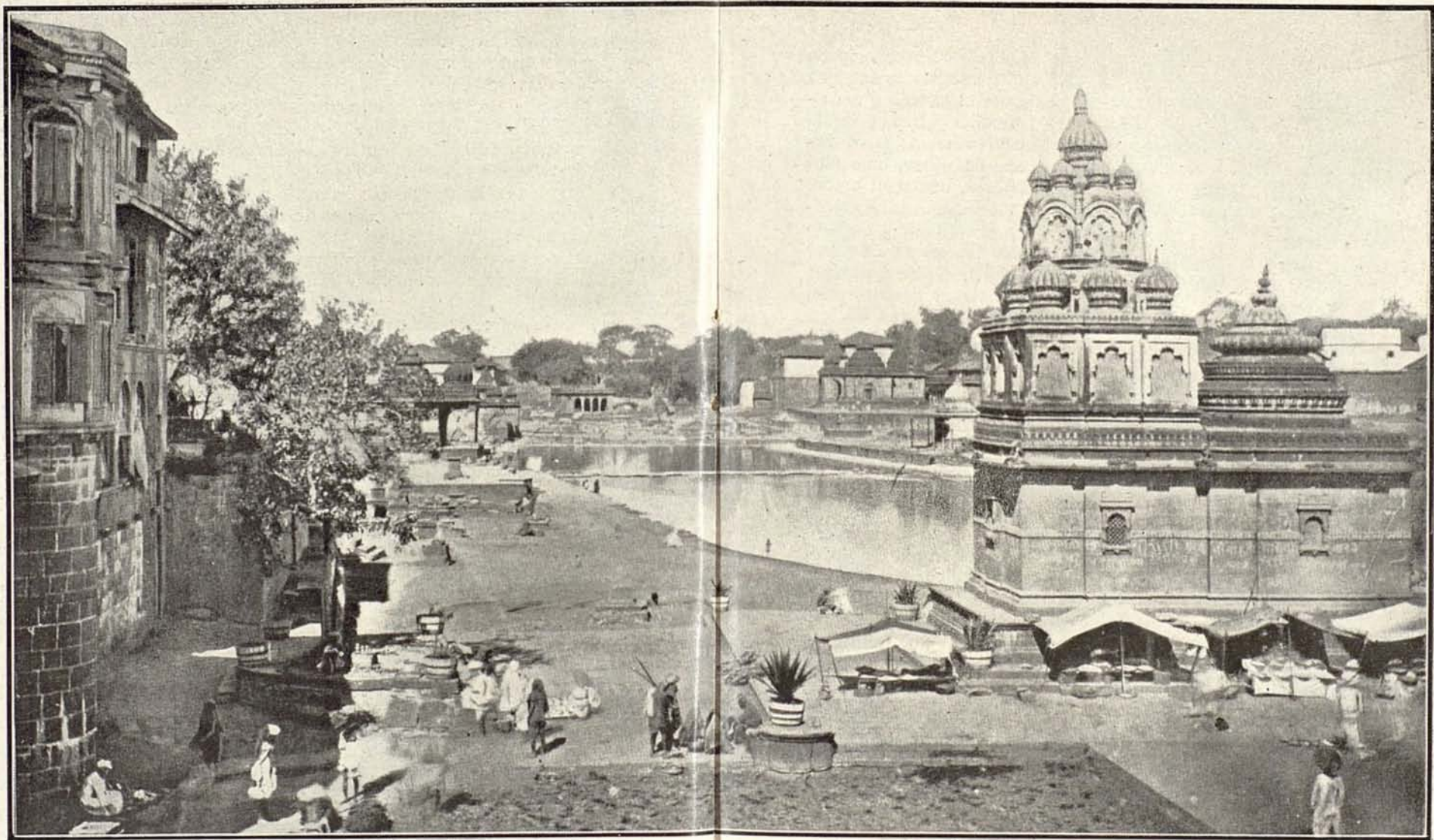
Los vegetales tienen mucha parte en la formación de la capa de tierra productiva y laborable; es decir, en la que puede recogerse el fruto que en ella se siembra. Es cosa sabida que no toda la tierra es buena para producir, porque alguna no tiene los elementos de que las plantas se nutren ó alimentan. Estos elementos los producen, en su mayoría, los restos de vegetales que han muerto ya y que el agua de las lluvias, el calor del sol y el aire mismo han descompuesto. La labor del tiempo, que cada año va formando una capa con las plantas cuya vida terminó, con las hojas que cayeron de los árboles, hace que se tenga tierra productiva—que se llama *humus*—tanto más rica y fértil cuanto más espesas sean sus capas.

De lo que va dicho se desprende el error tan grande en que incurren los hombres al cortar los árboles, al destruir los bosques que son verdaderas fábricas en constante producción de *humus*.

La ciencia ha suplido las deficiencias que la tierra puede tener, y así, cuando el análisis á que se la somete denuncia que no contiene alguno de los elementos indispensables para la vida y el alimento de las plantas que queremos cosechar, se le añaden determinadas substancias químicas que suplen este defecto. Esta es la misión de los abonos.

JUAN ANTÓN





NASSICK

Es Nassick una de las ciudades sagradas de la India, y la atraviesa el río Godovari, sagrado también, y que sigue en esta categoría al Ganges. El río está bordeado de numerosos templos por el estilo del que figura en esta vista que publicamos, en cuyas inmediaciones se ven á menudo centenares de hombres, mujeres y niños bañándose en las aguas santas.

La mayor parte de la población la constituyen los sacerdotes de Brahma,

cuyas familias son unas 1.300 en Nassick. Cada familia noble indígena tiene á su servicio sacerdotes domésticos que la representan constantemente ante los altares.

Cerca de esta ciudad hay un hospital para los animales, donde se recogen y cuidan gatos, perros, asnos, conejos, monos y pájaros enfermos, pues entre los indios todo cuanto vive es sagrado.

LA MALVA



El pobre Paquito corría patio adelante para hurtar el cuerpo á los espantables golpes de la mano materna; pero habéis de saber, menudos lectores, que si su madre le perseguía, no era porque el tal hubiera trepado á los árboles para atrapar algún nido aun á trueque de caerse y descrismarse, ni porque en vez de ir á la escuela se hubiera ido por andurriales y vericuetos peligrosos, ni, en fin, porque le sorprendiera enzarzado en juegos de esos que ponen en peligro los miembros de los infantiles jugadores. Nada de esto había hecho el cuitado, sino que le había entrado la manía de adornarse el cuerpo con las grandes y ásperas hojas de una malva real que crecía en el patio, costumbre que traía á maltraer á la pobre planta, pues sus tallos, en vez de alzarse pomposos, se erguían desnudos como varas de fusta. No perdonaba Paquito sus grandes y hermosas flores rosadas, antes bien, engarzándolas en hilos, hacíase con ellas coronas, diademas y collares. La madre le reprendió primero y le golpeó después, y de este golpear y de aquel reprender no nació

enmienda en el chiquillo, sino más bien odio profundo hacia la desventurada malva.

En estos días aconteció que Paquito se fatigó corriendo, y así, según estaba sudando, se bebió un trago de agua fresca, cuya imprudencia le hizo caer en cama víctima de un constipado, con una tos fuerte y seca que enronquecía y estropeaba su garganta. Su madre, sentada junto á él, le arreglaba las ropas, y en cuanto Paquito tosía—y aun muchas veces sin toser,—salía la buena mujer y á poco tornaba trayendo en las manos una taza llena de un humeante líquido dotado de tal virtud, que apenas lo empezaba á beber, la tos se callaba, y Paquito sentía extenderse por todo su cuerpo un inefable bienestar. Más de una vez preguntó á su madre qué medicina tan buena fuera aquella; pero siempre obtuvo como respuesta la de que ya se lo diría.

Llegó el día venturoso en que Paquito pudo abandonar su lecho; y, cogiéndole su madre de la mano, le llevó al patio y le acercó á la malva, la cual, libre por aquellos días de la persecución del chiquillo,

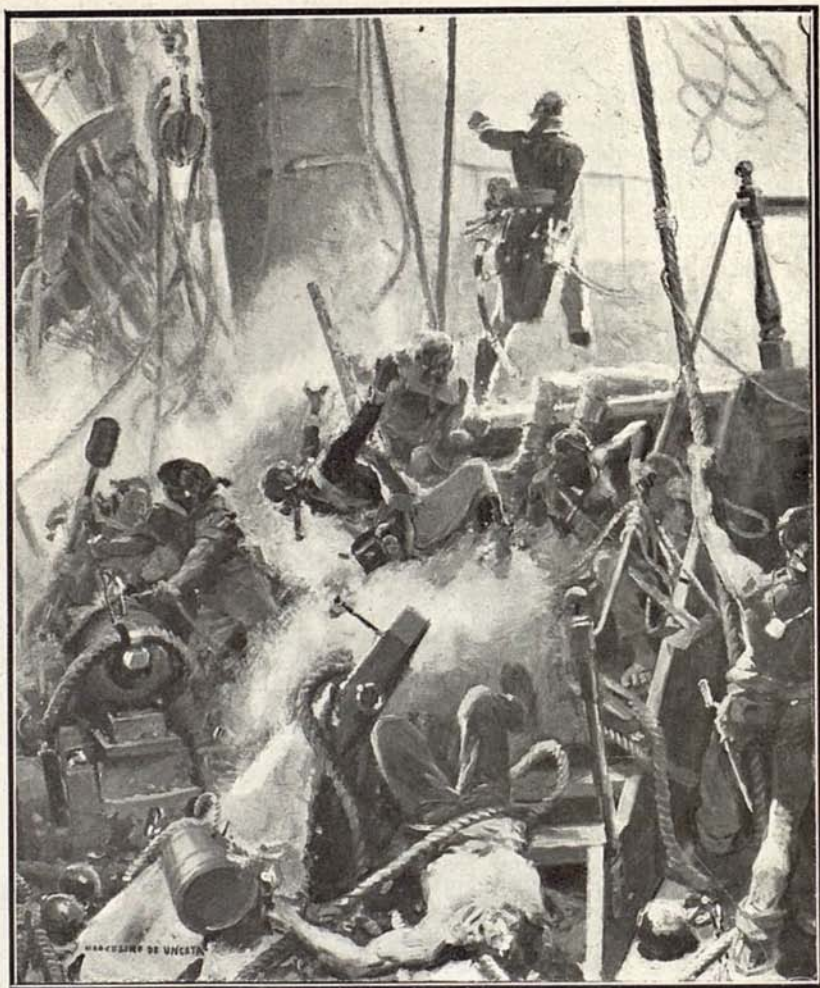


estaba soberbiamente hermosa, toda vestida de sus anchas y verdes hojas y cuajada de sus grandes flores semejantes á sonrosadas tulipas.

—¿Ves—le dijo su madre,—ves esta pobre malva tan martirizada por ti? Pues aquellas flores que tú le arrancabas son las que, cocidas, calmaban tu tos y daban descanso á tu cuerpo. A ellas debes la salud...

Paquito, desde aquel día, cuidó y amó á la malva como á su planta predilecta...

José A. LUENGO.



TRAFALGAR

Esta batalla naval, adversa para los españoles y franceses, que luchaban unidos contra Inglaterra, fué de las más sangrientas y terribles que registra la Historia, pero llena de heroicos sacrificios.

Contra el dictamen de los marinos españoles, la emprendió el almirante Villeneuve, jefe de la escuadra franco-española, á las once de la mañana del 21 de Octubre de 1805. Nelson, almirante inglés, á bordo del *Victory*, atacó al *Redontable*, mandado por Lucas, y fué muerto. El *Bucenafire*, buque almirante donde iba Villeneuve, fué destrozado por la artillería. Una parte de la escuadra francesa se retiró, y el almirante español Gravina luchó heroicamente.

LOS TITIRITEROS

Habéis visto este juguete en el que dos muñecos que parecen agarrados á dos barras, colocados en el primer escalón de una gradilla, descienden volteando como si se tratara de dos titiriteros de carne y hueso? ¿Queréis saber el secreto de esta sorprendente habilidad?

Pues la siguiente explicación os enterará del mecanismo y os hará posible su construcción con un poco de paciencia y maña.

Sabed, ante todo, que es una aplicación de los principios científicos del centro de gravedad.

Ya sabéis que el centro de gravedad es el punto por el cual hay que suspender ó sostener un cuerpo para que esté en equilibrio en todas sus posiciones.

El centro de gravedad del hombre, cualquiera que sea su postura, tiene que estar encima de la porción de suelo que ocupan sus pies. Si se coloca una persona de pie junto á una pared, de modo que sus talones toquen al muro, no podrá bajarse á coger un objeto colocado en el suelo delante de él, sin caerse, porque el muro le impide echar atrás una parte de su cuerpo para hacer contrapeso á la cabeza y á los brazos que se inclinan hacia adelante. Un hombre que lleva un fardo á cuestas tiene que mantener encima de la base de apoyo el centro de gravedad de su cuerpo y el del fardo.

El juguete consiste en dos figuritas de cartón que dan vueltas alrededor de unos ejes fijos en dos tubos paralelos que contienen mercurio (fig. 1.^a).

Si se dispone el sistema como indica la figura 2.^a, como el mercurio está en *a*, los dos muñecos permanecen inmóviles; pero si se hace que descienda el muñeco *S* al segundo escalón, el mercurio, por su propio peso, baja hasta *b* en la otra extremidad del tubo y cambia de situación rápidamente el centro de gravedad, lo que obliga al muñeco *R* á dar una vuelta completa en el sentido que indica la flecha (fig. 3.^a) y

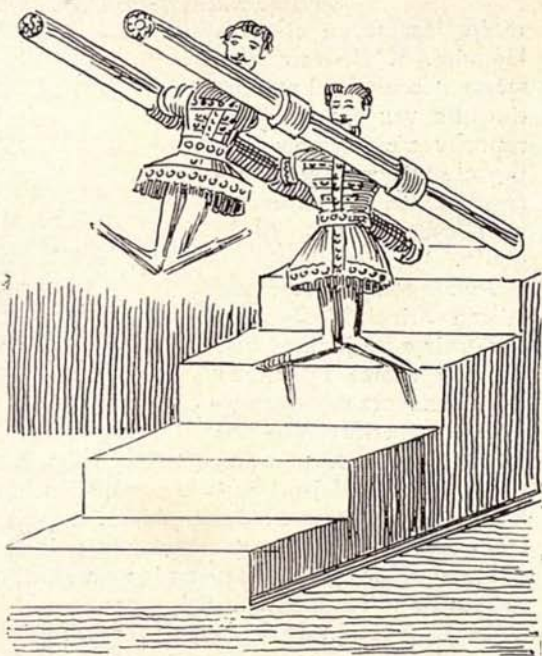


FIG. 1.^a

va á colocarse en el escalón núm. 3. En este momento desciende el mercurio otra vez hasta *a* y se reproduce el mismo volteo por el muñeco *S*, y así sucesivamente en todos los escalones que tenga la grada.

Puede comprobarse este mismo principio físico y construirse un juguetez que hace la misma operación de una manera menos complicada substituyendo los

titiriteros por un tubo de cartulina. Hágase un cilindro hueco con cartulina ó papel Bristol tapado por ambos extremos, después de haber introducido en él una bala de plomo. La bala substituye en este caso al mercurio como peso, y como cuando se inclina el tubo la bala desciende, si se coloca sobre un plano inclinado, el tubo desciende dando volteretas como los muñecos titiriteros.

La observación de las leyes del equilibrio y del cambio de situación del centro de gravedad constituye la base de la habilidad de los *mala-baristas*, que llegan á hacer verdaderos prodigios, ayudados, generalmente, por el movimiento de rotación que imprimen á los objetos con que trabajan, merced al cual hacen que intervenga la fuerza centrífuga.

Cuando el equilibrista sostiene sobre su frente una varita delgada en cuyo extremo superior da vueltas un plato, no podría nunca prolongar este ejercicio si el plato no girase alrededor de un eje con vertiginosa rapidez, pues gracias á esta velocidad giratoria el centro de gravedad se mueve precisamente sobre su punto de apoyo.

Estas virtudes científicas pueden comprobarse muy fácil y sencillamente observando las cosas más triviales de la vida. Los niños que juegan al peón quizá no se paran á pensar que es una maravilla de equilibrio que se sostenga sobre su punta cuando baila y todo el secreto de este equilibrio está en su movimiento giratorio.

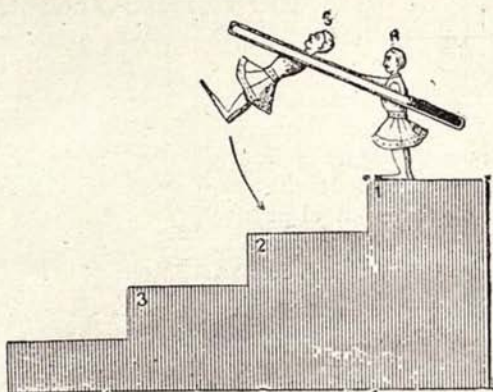


FIG. 2.^a

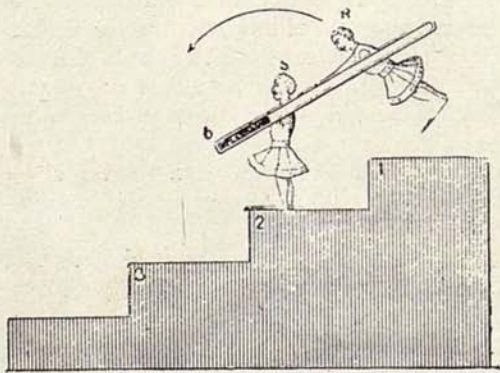


FIG. 3.^a

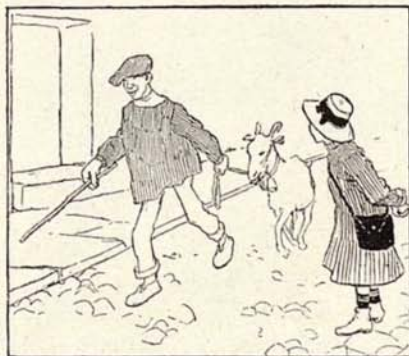
POR DESOBDIENTE



—Marianito—le dijo su abuela,—
vete al colegio y no te detengas.



Pero en cuanto vió otros muchachos
jugando, se paró a verlos jugar.



Se dirigía al colegio, y se volvió á
detener para ver una cabra blanca



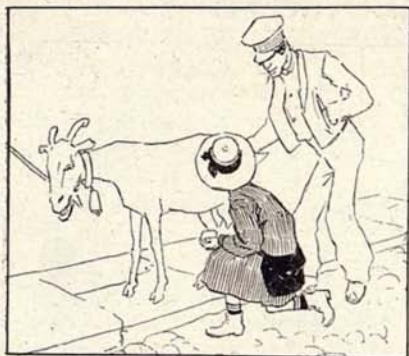
El que la conducía la ató á la puer-
ta de una casa, y Mariano quieto



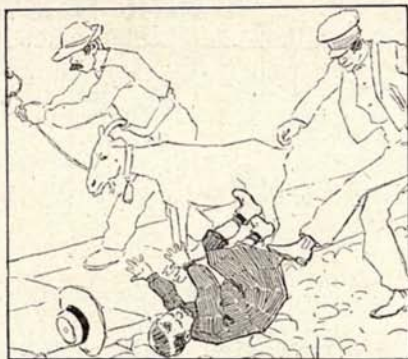
—Chico—le dijo aquel hombre,—á
ver si tienes cuidado de esta cabra,
¡mucho oio!



¡Qué felicidad! ¡Tener cuidado de
una cabra en vez de estar en la es-
cuela!



—¿Se vende esta cabra?—le dijo un rata que se presentó de improvise.



—No, se...—No pudo concluir porque un puntapié feroz le derribó.



Mientras los ratas huían con la cabra, Mariano lloraba á lagrima viva.



—Aquellos pillos se la llevan—dijo al dueño Mariano.



El amo de la cabra le dió encima una paliza por su poco cuidado en guardarla.



Y Marianito, desconsolado, se acordaba de lo tranquilo que en la escuela hubiera estado.